

BIE
DE MADRID.

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCIÓN: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 66

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 9 DE SEPTIEMBRE DE 1906

NUM. 563



UN JURAMENTO

El.—¡NEGRA DE MIS CARNES, TE QUIERO DE VERAS!

Ella.—ESO DICES AHORA; PERO MAÑANA ME DESPRECIARAS.

El.—¿YO? ¡TE JURO QUE NO TE OLVIDA.E HASTA QUE NOMBREN EMBAJADOR DEL VATICANO!



ANUNCIOS INCOBRABLES



AGUAS

*Sulfurinas, indignado-rabiosas
y enfurruñinas*

DE

GULLONADA

Purgante de primer orden y MARAVILLOSAS
para los temperamentos
fácilmente excitables por la mala digestión de un Tratado
aunque sea de Suiza.

Estas aguas han sido regateadas y analizadas por el
sabio hacendista NAVARRORREVERTER, contra la
voluntad de D. PÍO, que se atribuye el éxito.

Se recomienda que se beba á sorbitos y con paciencia.

Se vende en todas las principales farmacias de Astorga y demás
puntos donde haya parientes de D. PÍO, bien colocados. Por mayor,
dirigirse á San Sebastián é Irún.

AVISO A LOS MINISTROS BILLETES KILOMÉTRICOS

La Compañía de Melilla, Sebastopol y Crimea ha facilitado á su
Despacho Central de la Presidencia del Consejo de ministros sufi-
ciente número de billetes kilométricos de todas las series y combina-
ciones para que los pedidos de los consejeros puedan ser atendidos en
el acto de querer ponerse en movimiento.

Los ministros no necesitarán acudir en adelante más que á su
propio capricho de andar de la Ceca á la Meca, de Sigüenza á San
Sebastián, de Madrid á San Esteban de Pravia, etc., etc., etc., sin
serles preciso acudir al despacho del Jefe, del que pueden pitorrearse
como gusten, ya que maldito el caso que hacen de él en los asuntos
más importantes.

Son muy *beneficiosos* y muy útiles los

**KILOMÉTRICOS DE MINISTROS
PARA PERDERLOS PRONTAMENTE DE VISTA**

CIERRES SOLIDOS

¡Ultimo invento de seguridad!

Acabamos de adquirir patente de in-
vención, y con éxito se han hecho ya
algunos ensayos, de un nuevo cierre de
garantía, superior á los que hasta ahora
se han conocido, y que eran siempre pro-
visionales, de escasa seguridad.

En los que se han puesto en muchas
vaquerías, y recientemente en algunos
teatros, el resultado ha sido

MARAVILLOSO

Representante en Madrid:

S. ALBA

SE ALQUILA

ó

SE VENDE

según convenga, una magnífica Emba-
jada con excelentes vistas sobre Merry
del Val, y muy cerca del Vaticano.

Informarán en el ministerio de Estado
de Madrid.

Dense prisa los que deseen ocuparla,
porque hay muchos Pérez Caballeros
que la pretenden.

Inútil presentarse sin buenas referen-
cias de D. Pío.

¡GANGA! ¡GANGA!

Acabamos de recibir una preciosa co-
lección de billetes falsos del Banco de
España, muy á propósito para dar una
broma á un amigo, pagar al casero y
otros juegos de sociedad.

HAY UNA BUENA COLECCION

¡Ojo! ¡No confundirlos con los buenos!

CHICOTE, OPTICO

Se venden lentes y cristales de aumen-
to en la Contaduría del Gran Teatro,
para ver, en lo posible, á la genial Lo-
reto.

GARANTIZADOS POR FANOSA

BIB
DE MADRID

CARTAS DE GEDEÓN



Miranda, 6 de Septiembre de 1906.

ESPANTOSO SUCESO EN MIRANDA. EL JEFE DE ESTACIÓN LOCO. PROTESTAS DE GEDEÓN DE QUE LE TOMEN POR D. BERNABÉ DÁVILA

Querido Calínez: Con el terrible laconismo propio del telégrafo y de las grandes emociones, voy á referirte una tremenda desgracia, en la cual he intervenido, no como espectador simple, á la manera de D. Bernabé en el Gobierno, sino como personaje y hasta como víctima.

Volvía yo de Hendaya, camino de Segovia, para dirigirme ¡por fin! á La Granja, donde me espera, como tú sabes, la corteza del árbol en que he de grabar mi corazón atravesado, y desde la ventanilla del vagón contemplaba el ir y venir de viajeros, mozos, vendedores y empleados en la estación de Miranda, fumándome, por cierto, un puro infumable que me regaló Dato en agradecimiento á mi interviú y que era de la misma vitola que sus reformas sociales, cuando veo que un señor con gorra galoneada y levita negra en buen uso, se para en el andén frente á mí, y me grita:

—¡Perdóneme V. E.! ¡Perdóneme V. E.!

¿De qué tendría yo que perdonar á aquel señor y por qué me daba un tratamiento que no tengo?

He ahí, Calínez, dos dudas que me asaltaron á un tiempo mismo, como Navarrorreverter y D. Pío Gullón hicieron, según parece, el convenio con Sitges (antes Suiza).

En cuanto al tratamiento, no teniéndolo yo, es muy natural que él me lo dizra, pues nunca he podido comprender que el que tiene usía, *verbi-gratia*, le den usía sobre usía en todas partes, y á quien no le tiene, y por ende lo necesita más, no; ¿pero y el perdón? ¿Por qué, ó de qué le iba á perdonar? ¿Por llevar gorra con galones? ¿Por hablarme desde el andén? ¿O acaso le habían hecho título con perdón, en alguna hornada heráldica reciente, y él se lo pedía á todo el mundo?

Total, Calínez, que algo confundido y extrañado, le dije desde la ventanilla:

—Explíquese usted, señor.

Y él me respondió inclinándose:

—Con permiso de V. E., señor ministro.

Si ves entonces mi cara, Calínez, no volvemos á ser amigos; tan feo debí de ponerme á consecuencia del mote. ¡Nada, como si me hubieran hecho ministro en Lisboa, igual que á Valdeterrazo!

—¿Pero de dónde saca usted, desgraciado, que yo sea ministro?—le grité con voz colérica.—Me ha visto usted, acaso, hacer aguas, como Gasset; meterme en los charcos, como Alvarado, ó colarme por el ojo de una aguja, igual que Romanones? ¿Ministro yo? ¿En qué le he faltado á usted, caballero, para que me insulte de ese modo?

Mis acentos de indignación atrajeron á un empleado que cruzaba por el andén, y subiendo á mi coche me explicó así el terrible caso:

—Ese señor—me dijo—que le saludaba á usted, es el jefe de estación.

—Muy señor mío. ¿Pero por qué se atreve á llamarme ministro? ¿Se figura acaso que viajo como ellos y los *maletas*, sin billete? Aquí está mi kilométrico. Vea usted los retratos: éste soy yo, éste es Calínez. Lo hemos tomado juntos porque mi amigo no sale de Madrid.

—Perdónele usted. No había en el mundo persona más sensata, de carácter más apacible; pero el infeliz se ha vuelto loco.

—¿Loco?

—Como usted lo oye. A fuerza de ver pasar ministros por esta estación, unos camino de San Sebastián y otros de regreso á Madrid, el desdichado jefe ha perdido el juicio.

—¿Qué desgracia tan horrorosa!

—Figúrese usted; pero á cualquiera le hubiese sucedido lo mismo. Desde que comenzó la jornada regia, ó no sé si antes, el pobrecito recibía á cada momento comunicaciones telegráficas como éstas: «En tren 15 pasará Miranda ministro Estado. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 20 pasará presidente Consejo. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 20 pasará ministro Marina. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 11 pasará ministro Hacienda. Preséntese, etc.» Cada día cuatro ó cinco *pasas* de ministros, unos hacia arriba y otros hacia abajo. Total, que nuestro pobre jefe, á fuerza de verles y recibir sus órdenes, comenzó á perturbarse, á decir cosas raras, á torcer los ojos, y hoy le tiene usted completamente trastornado.

—Lo comprendo perfectamente. El desordenado é incesante movimiento ministerial ha producido ya en España incontables casos de locura. De eso se quejaba en reciente interviú D. Andrés Mellado, que fué tres meses ministro y en automóvil.

—A nuestro infeliz jefe le ha dado la extraña manía de creer que ya todos los viajeros son ministros, y por eso, en cuanto ve á alguno, como le vió á usted, asomado á la ventanilla, corre á ofrecerle sus disculpas por no haber acudido con mayor premura á cumplimentarle. También cree, como derivación de la misma manía, que el único ministro á quien aún

no conoce, el de Gobernación, Sr. Dávila, no está en Madrid, según afirman los periódicos, sino que viaja de incógnito para fastidiarle á él y hacerle caer en falta; de suerte que apenas divisa un viajero grueso y de aspecto de portero mayor de cualquier Ministerio, ya le está suplicando que se manifieste francamente Bernabé, rompiendo el incógnito en que hubiese permanecido toda la vida, á no ser amigo del general López Domínguez. Es muy posible, caballero, que á usted le haya tomado por Dávila.

—¿A mí por Dávila? ¿Dávila yo? ¿Pero usted sabe lo que está diciendo?

—Dispense usted, los locos tienen lamentables ocurrencias.

—Ni á locos ni á cuerdos les puedo consentir que me tomen por Dávila. Pues no faltaba más. Soy Gedeón, y como usted no ignora ó no debe ignorar, yo todo lo huelo, yo todo lo sé, y Dávila ni huele ni sabe. ¡Es como la del pavo en medio del Gabinete liberal!

Aparte de eso, ¿en qué me parezco yo físicamente á Bernabé? ¿Se me creería á mí escapado del pretil del puente de Segovia? ¿Verdad que no? Pues á él le han visto varias lavanderas madrugadoras saltar del pretil para dirigirse al Ministerio. Su cabeza es la segunda á mano derecha, así como vamos hacia la carretera de Valencia. Si alguna vez va usted á Madrid, allí le encontrará seguramente, de no hallarle en Gobernación. ¡Confundirme á mí con Dávila!

El jefe de la estación de Miranda está efectivamente loco de remate.

Mi amable interlocutor me pidió rendidamente mil perdones, y yo me quedé en el vagón, ¡oh, amado Calínez!, considerando los tristes frutos producidos por el Gabinete López en los meses que lleva de existencia. Todo lo que ha hecho hasta la fecha cabe en la cáscara de un cañamón, y es lo siguiente:

La insignificante chapucilla de la Real orden de Romanones, para buscarle las cosquillas al Nuncio; el convenio con Sitjes, parido á medias por Navarrorreverter y Gullón, como las obras del género chico; el ascenso á duque del marqués de Tovar, que resuelve ciertamente uno de los mayores problemas que trajo al Poder este Gobierno democrático, y que se haya vuelto loco el jefe de la estación de Miranda á fuerza de ver pasar ministros de Madrid á San Sebastián y de San Sebastián á Madrid, como si tuvieran algo que hacer en cualquiera de esos dos puntos.

No es grande, ni mucho menos, la labor realizada por un general que estuvo en Crimea y que causa la admiración y despierta la envidia de varios conocidos señores, por ser el español que ha visto más hombres armados juntos; pero, en fin, cuando venga, si es que viene, su sucesor é inspirador D. Pepe Canalejas, todavía es posible que digamos ¡lo que trabajaba López Domínguez!

De estas reflexiones me sacó un verdadero tumulto que sonaba en uno de los extremos del andén. Me apeé del vagón, y corrí á ver qué sucedía. El jefe, ¡pobrecito loco!, se había empeñado en que era don Bernabé Dávila un boticario de Cuzcurrita, que ha inventado un caldo de pimientos para curar las enfermedades del estómago, y el farmacéutico riojano protestaba á grito herido de tal suposición. Debo decirte que esta vez el jefe estaba á punto de acertar,

pues si el boticario no era D. Bernabé, merecía serlo. ¡No he visto hombre más redondo en mi vida! Y he aquí, Calínez, que mientras yo los apaciguaba, partió el tren, ¡el mío!, dejándome en el andén, compuesto y sin equipaje. Y aquí me tienes, Calínez del alma, por haberme metido entre Dávila y un loco. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuándo llegaré á La Granjal Te abraza, desesperado,

GEDEON



Cancionero gedeónico

Aunque el Gobierno esté ocioso
y aunque se muestre inactivo,
yo creo—y no sin motivo—
que es un Gobierno celoso.

No es que cumpla sus promesas
cuidadoso y diligente,
ni que entusiasme á la gente
con sus fecundas sorpresas;
no es que ejerza sus funciones
con prisas exageradas,
ni que al darnos las charadas
presente las soluciones...

¡Que á estos demócratas finos,
cuyo papel nos condele,
fáltales el *trop de zèle*,
que dicen nuestros vecinos!

¡Ay...! ¡D: ese celo que invoco,
ya que á estos *socios* escucho,
no les pido el *trop*—que es mucho—
les demando el *peu*—que es poco!

Mas aun faltando esas cosas
por olvido de los cielos,
muestra el Gobierno sus celos...
¡Que están sus gentes celosas...!

Celoso Gullón (don Pío),
y por celoso irritado,
contra don Juan ha gritado,
trufando un poco el estío...

¡Celoso acudió á la liza
con presteza meritoria,
disputándole la gloria
del convenio con Suizal

Celoso fué á la contienda
don Juan, hurtando con gracia
el ¡vival á la Diplomacia
para dárselo á la Hacienda.

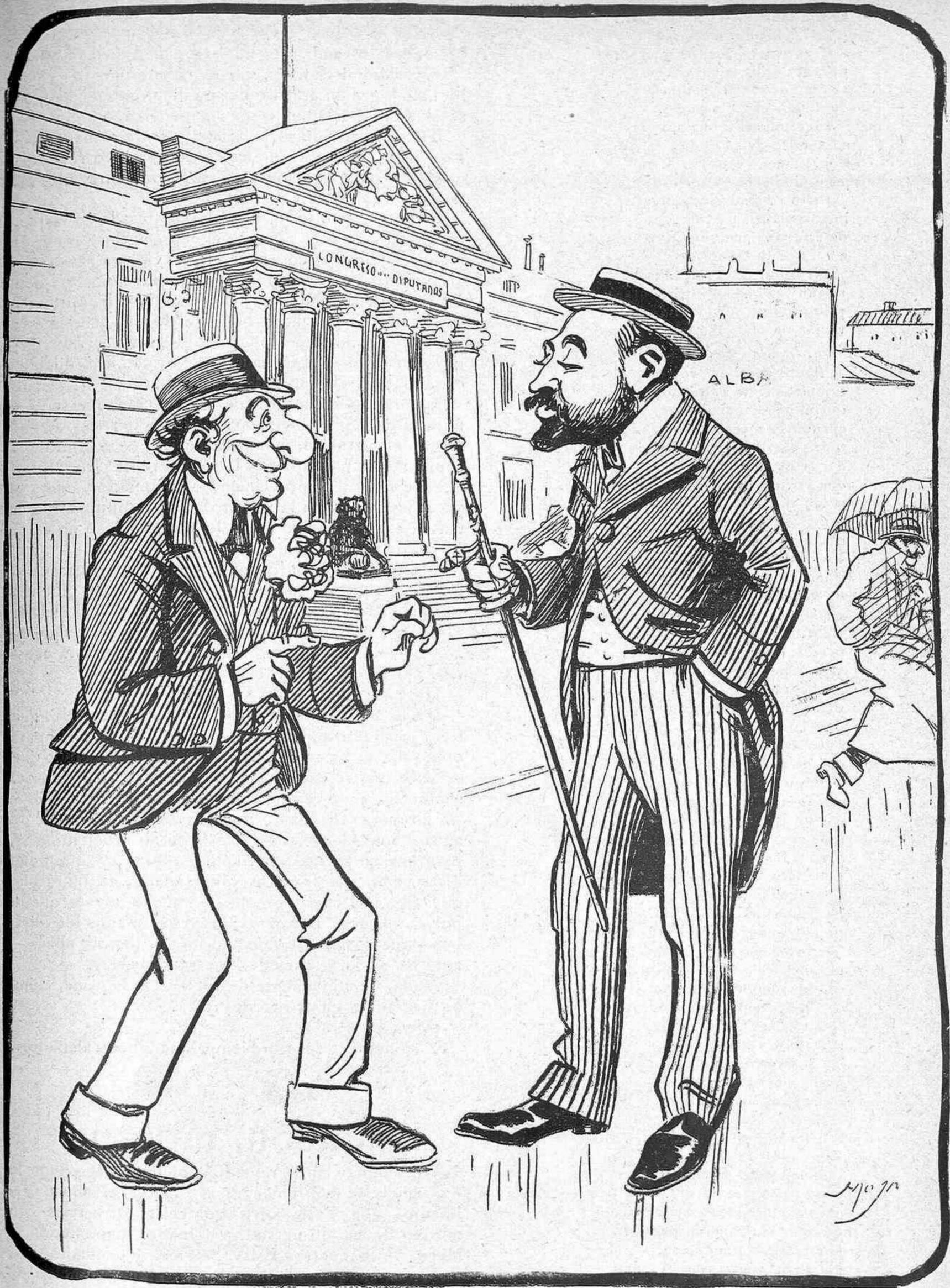
Celoso está el buen Jimeno
de los triunfos de ahí al lado;
celoso vive Alvarado
que hace poco y nada bueno...

Celoso de sus rivales
para aspirar á la herencia,
luce el conde con urgencia
sus proyectos radicales;

y por su cuenta trabaja
dándose un tono y un pisto...
(y eso que—según se ha visto—
le hacemos una rebaja).

Celoso de estos recursos
que explotan los personajes,
Manolín se da á los viajes
con músicas y discursos...

Dávila, triste y lloroso,
se retuerce en su despacho



EL HOMBRE DEL CERROJO

GEDEÓN.—BIEN, D. SANTIAGO. SIGA USTED EN SU BENEFICIOSA TAREA... PERO ¡ESTE TEATRO ES EL PRIMERO QUE DEBE USTED CERRAR, PORQUE TAMPOCO TIENE CONDICIONES...!

ALBA.—¿CÓMO QUIERE USTED QUE LO CIERRE, GEDEON, SI NO ESTÁ ABIERTO?

con la rabia de un muchacho...
¡que también esté celoso!

Y el general suelta un terno;
pues los celos le consumen
al ver que todos presumen
de dirigir el Gobierno...

¿Será oficial ú oficioso
mi empleo de este adjetivo...?
Poco, mucho ó nada activo,
¡este Gobierno es «celoso»!

Justo es temer los estragos,
los disgustos, los camelos,
de este Gobierno de Otelos
en el que todos son Yagos.

Ninguno de ellos comparte
ni aun sus buenas intenciones...
¡Hoy todos, por los rincones,
rabian de celos apartel



Todos aquellos proyectos
completamente avanzados,
que el general anunciaba
cuando se encargó del mando;
todas aquellas promesas
del programa democrático,
que estruendosas renacieron
y con chin-chin se lanzaron,
van á quedarse en casita
por miedo á los constipados.
Yo nunca tuve esperanza,
francamente lo declaro,
de ver rodar por el mundo
pensamientos tan bizarros.
Conozco mucho á mis gentes
porque hace tiempo las trato,
y sé donde les aprietan
los liberales zapatos;
y no ignoro que acostumbran,
para cosechar aplausos,
á sembrar plánes y planes
que no pasan del sembrado...
No es que nadie les exija
que la emprendan á porrazos
con los poderes del Sumo
(que aquí no es bueno hacer tanto)
pero sí que se respete
por todos lo concordado,
sin que el límite traspasen
las gentes del otro bando.
¡Y estos pobres liberales
que prometen no ser blandos,
se quedan siempre á la puerta
con los nudillos llamando...!
Y como siempre son tímidos,
como llaman tan despacio,
si algunas veces les oyen
los de dentro, no hacen caso.
Viene á ser exactamente
como llamar á Cachano,
el llamar en esas puertas
con sordina el entusiasmo..
Pasadas las imperiosas
vacaciones del verano,
ya se desvanece el ruido
que en todas partes armaron,
y vemos que están dispuestos,
por recelo ó por recato,
á usar del *modus vivendi*
que los otros les legaron...
¡Va á ser cosa de que demos
la razón al señor Dato!
Los liberales prometen;
pero ¿lo cumplen? ¡Pa el gato!

¡ES MIO!

Tan escasos andan los ministros de éxitos políticos
y administrativos, que en cuanto uno tiene una
ideíta ó logra un aplauso del público de buena fe, ya
se lo están arrebatando sus compañeros.

Esto ha ocurrido recientemente entre el mantecoso
D. Pío y el hombre de las erres, Navarrorreverter.

Uno y otro se disputan, respectivamente, el Tra-
tado convenido con Suiza.

D. Pío, sobre todo, pone la mantecada en Astor-
ga, por no decir el grito en el cielo, y dice á todo el
mundo que eso es cosa suya, y que en esta materia es
el mayor padre de todos, y hay que conocer á don
Pío para comprender que cuando así se ha salido de
sus casillas es porque debe tener razón, aunque esta
parcialidad nuestra desagrade á Navarrorreverter;
pero nosotros estamos con D. Pío; con *acá*, que de-
cía Rafael I, el Califa de Córdoba.

«¡Caray!—única atrevida interjección que se per-
mite el de Estado—no está bien que después de pa-
sarme el veranito mano sobre mano y dando mis
confortables paseítos por la carretera de Irún, salga
ahora ese hombre proclamándose triunfador, como si
yo fuese un cero á la izquierda ó un diputado de la
mayoría, que viene á ser lo mismo. ¡Eso no es lo
tratado!»

Y D. Pío—dicen los que presenciaron la escena—
que daba golpecitos con su bastón, como nuestro
amigo Azorín, en el suelo de la terraza del Palais.

Suceda lo que suceda, pase lo que pase, tenga ra-
zón ó no la tenga, nosotros estaremos en esta cues-
tión del lado de D. Pío.

Hay que conocerle.

Un hombre como él, tan afable, tan humilde, que
lleva terrones de azúcar en todos los bolsillos para
obsequiar á los embajadores cuando los recibe; que
así que los ve entrar en su despacho les toma el
sombrero, se lo cepilla con sus diplomáticas manos y
les prepara en cuanto toman asiento un vasito de
agua y unas mantecadas; que finge no saber idiomas,
para aparentar una admirable modestia, y que tiene
otras condiciones únicas y personales, es imposible
que diga una cosa por otra, y mucho menos que ni
por un instante perdiera la calma y menos los estri-
bos—que nos consta que no los ha tenido nunca—
ante las declaraciones de Navarrorreverter.

Nada, decididamente de D. Pío es la *poule*, como
se dice ahora en el tiro de Suiza.

¡Viva D. Pío!

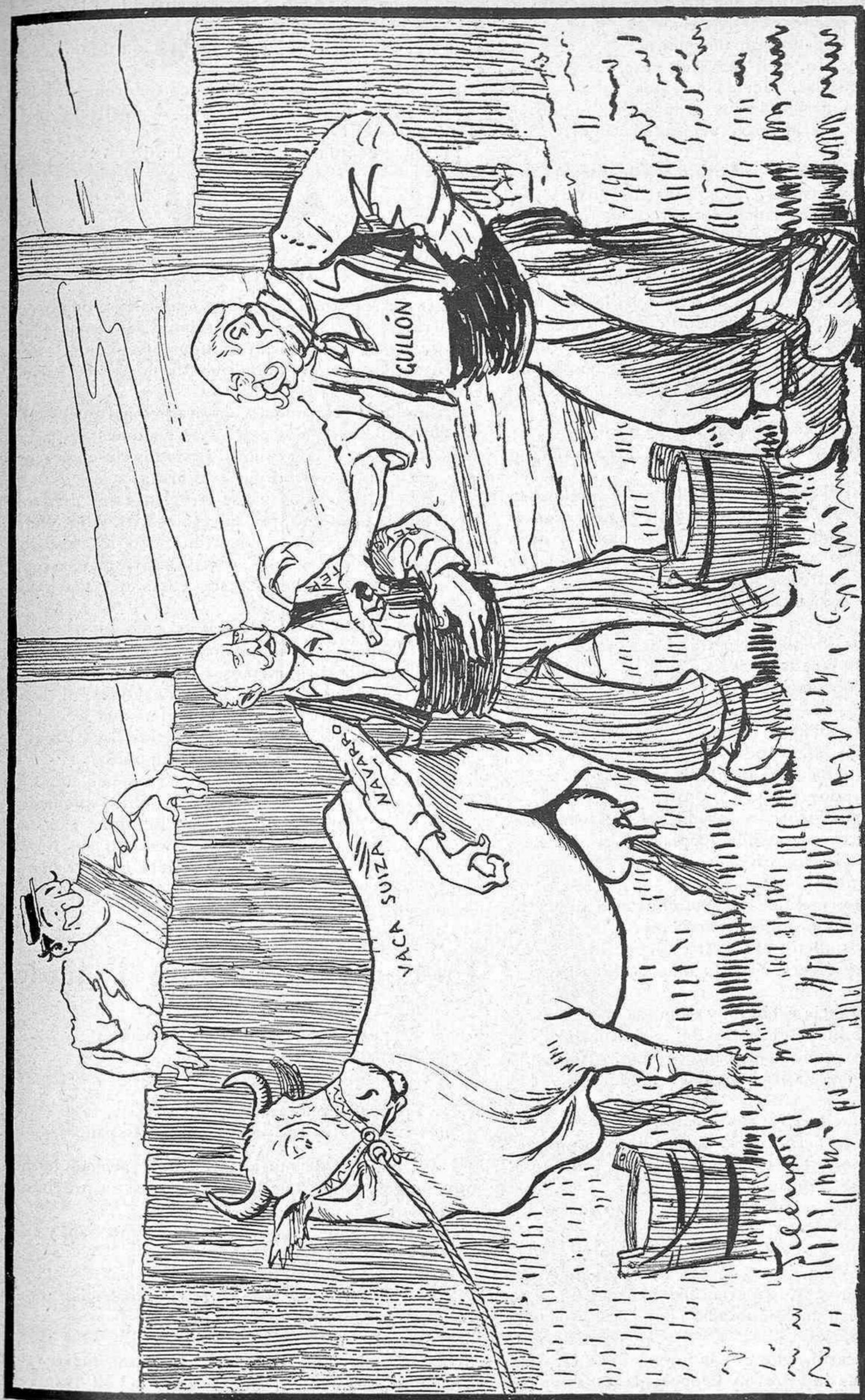
Y su nombre sea por siempre bendito y alabado...



Gedeón, moreno

No tenemos más remedio—aunque á Gedeón le
moleste sobremanera el uso y el abuso del
bombo—que darle otro golpecito al parche con
motivo de la actitud del gobernador disponiendo el
cierre de los teatros Eslava, Romea y Actualidades,
es decir, si se puede llamar teatro á un saloncito de
limpiabotas. ¡De buena nos hemos librado, gracias al
gobernador!

¡Y pensar que hace muchos años podíamos haber
perecido en una catástrofe cómico-lírica de esas!



ORDENACION DE PAGOS

D. Pío.—¡YO SOY EL QUE HA TRAI DO LA VACA, Y ESTE EL QUE LA QUIERE ORDENARI
D. Juan.—¡ES PRECISA VEN TE TODO LO CONTRARIO!
GEDEÓN.—¡LO MISMO DA...! LA CUESTION ES QUE LA VACA TENGA BUENA LECHE.

Pero, en fin, como lo que no puede suceder en mucho tiempo, puede ocurrir en un día, menos mal que aún hemos llegado oportunamente.

Después de todo, es lógico clausurar, á continuación de las vaquerías, ciertos establos del arte malolientes, donde ni aun vistos ordeñar los melodramas y juguetitos al uso, se podían ingerir con confianza.

Nuestros buenos amigos Loreto y Chicote, ó Chicote y Loreto, á gusto de los respectivos partidarios, con todo su tren de planchado melodramático comprimido, ante el cierre de Eslava, han acampado con su compañía en el Gran Teatro, antes Lírico.

Bueno será advertir que Loreto y Chicote, ó viceversa, poseen hasta ahora el *record* de los teatros; pues en poco tiempo han recorrido con éxito, éso sí, Romea, Capellanes, Salón Romero, Varietés, Nuevo Teatro, Cómico, Alhambra, Music-hall, Moderno, Eslava.

¡Una friolera!

No hacen los huesos duros, no.

El repertorio no será muy movido, pero caramba, lo que es ellos...

Ignoramos si el imán que dice la gente que posee Loreto, conservará bastante atracción para llevar al público á un sitio donde, aparte de los bailes y de la bagatela, maldito si ha demostrado curiosidad por ir, ni aun á las representaciones de una comedia tan jocunda como aquella *Mater dolorosa*, de tan feliz memoria.

No sabemos lo que ocurrirá ahora, pues ya se sabe que no hay nada más loco que un negocio de teatros, como no sean dos.

Sin embargo, nos parecen bien algunas reformas que se han introducido.

Lo de reducir las proporciones del escenario, cerrándolo cuanto ha sido posible, lo hallamos excelente, sobre todo, porque de otra manera no se podía acoplar el decorado de Chicote, y, principalmente, porque era imposible acoplar á Loreto.

¿Quién la veía á todo foro?

¡Empeño inútil!

En fin, menos mal que en este chubasco gubernativo han encontrado donde guarecerse.

Aunque el conflicto, sin teatro disponible, se hubiese podido resolver de modo muy satisfactorio.

¡Ya lo creo!

Ahora en Francia están muy en moda las representaciones al aire libre, el teatro de la Naturaleza, en el que ilustres comediantes interpretan, alternando con las tragedias clásicas, poemas modernos y tratos bíblicos.

Vamos á ver; una representación de *La Trapera* ó de *El tesoro de la bruja*, al aire libre, completamente libre, ¿no hubiese llevado enorme público al campo donde se representase?

¡Qué negocio, además, para los tranvías y los omnibus!

¡A dos reales, á ver *La Trapera*; uno falta!

No queremos decir lo que las obras de Jackson, proveedor de la casa, ganarían así ventiladas, y lo bien que sonarían en colaboración con el eco los lamentitos.

Conste, en serio, que por la novedad de la cosa, por las simpatías de Loreto y Chicote, la tentativa hubiese dado resultado.

Y sentimos, ¡caramba!, haber esparcido á los vientos la idea, porque ya el cierre de los teatros no será un inconveniente para la realización de un negocio teatral.

¡Y quién sabe si dentro de poco tendremos varios teatros al aire libre, en el Puente de Vallecas ó en las Ventas del Espíritu Santo!

¡Y así se ventilaría un poco el arte!



UN PASILLITO

Antes de servirnos los platos radicales y democráticos, que hace tanto tiempo esperamos en nuestra mesa, el Gobierno se digna ofrecernos, como aperitivo, el arreglo definitivo de nuestra situación económica.

Ya empieza á terminarse la tradicional guerra de tarifas que sosteníamos con otras naciones, y pactamos con ellas los oportunos Tratados de comercio, que van á llenar de oro nuestras arcas.

Todos los Tratados que se arreglan estos días son triunfos del Gabinete, porque eso es lo tratado. Pero el mayor triunfo es el del convenio con los Estados Unidos, pues era el más difícil de arreglar, según los que están al tanto de estas cosas del tanto por ciento.

¡Este Tratado es un éxito colosal para nuestro país!

No lo dudamos un momento.

Y cuando nos disponíamos á celebrarlo con cuatro ó cinco tonterías, sacadas de nuestra cabeza, el chico de Gedeón nos entrega unas cuartillas que le remite un aprendiz de humorista para que las haga llegar á nuestras manos y nosotros á las del público.

Las cuartillas son casi tan poco amenas como el Tratado á que se refieren; pero, en cambio, son menos inofensivas. Y váyase lo uno por lo otro. Por eso nos decidimos á publicarlas, respetando su forma teatral alusiva á la comedia financiera que ha empezado á representarse con aplauso general (López Domínguez).

Dicen así:

La confección de un Tratado

PASILLO CÓMICO

(Y MUY ESTRECHO, POR AÑADIDURA)

PERSONAJES

EL TÍO SAM, honorable yanqui.

JUAN LANAS, llamado también Juan Español.

Hoy, después de muchos trabajos, se han hecho muy amigos; tanto, que hasta se tutean en prueba de intimidad,

Juan Lanás pide una conferencia al Tío Sam y éste se la concede muy gustoso.

Y charlan los dos, en la siguiente forma:

JUAN LANAS.—¿Te parece bien que hagamos un trato conveniente para los dos?

TÍO SAM.—No me parece mal.

JUAN LANAS.—Yo tengo este traje casi nuevo y te lo cambio por el tuyo, que allá se va. El trato es recíproco.



NUBE DE VERANO

EL NUNCIO.—¡BAH! ¡CREI QUE IBA A SER UN CHAPARRÓN, Y SÓLO HAN CAIDO CUATRO GOTAS...!

TÍO SAM.—De toda reciprocidad.

JUAN LANAS.—De modo que aceptas el trato?

TÍO SAM.—Aceptado.

JUAN LANAS.—Pues, cuando quieras...

TÍO SAM.—Vamos allá. Pero en vez de cerrar este trato, que resultaría pasajero, ¿no podríamos elevarlo á términos más duraderos y permanentes en mutuo beneficio?

JUAN LANAS.—No me parece mal.

TÍO SAM.—Es muy sencillo. Yo me comprometo á darte un traje igual á todos los que me haga en un plazo indefinido, con tal que tú tengas la misma obligación para conmigo. Ya ves que también este trato es recíproco.

JUAN LANAS.—De toda reciprocidad.

TÍO SAM.—Y puesto que el trato que tú me has propuesto y el que yo te propongo son iguales en ciencia y potencia, haremos de los dos tratos uno solo. ¿Aceptas?

JUAN LANAS.—Aceptado.

TÍO SAM.—Pues á firmar, y ya sabes que me has de dar un traje igual á todos los que te compres mientras dure el trato, y que yo haré lo mismo contigo.

JUAN LANAS.—No necesitas repetírmelo, porque estoy bien impuesto de lo que hemos tratado y convenido.

(Firman el protocolo y las estipulaciones.)

TÍO SAM.—Ya estarás contento, ¡ehl picarillo, gitano. Has conseguido de mí lo que querías: ponerte mi traje para que te respeten tus vecinos. (Se marcha guiñando un ojo con cierta picardía.)

JUAN LANAS.—Gracias, amigo mío. ¡No hay un tío más campechano que tú en el mundo entero...! (Se va más contento que unas Pascuas, sin pensar que pueden hacérsela.)

EPILOGO LASTIMOSO

El Tío Sam tiene provisto su ropero de innumerables trajes adecuados para todas las estaciones, y como la moda le importa un pito, no necesita hacerse ropa nueva en lo que resta de siglo. De modo que en su vida llegará á recibir Juan Lanás ni unos malos calzones del Tío Sam.

En cambio Juan Lanás no tiene más que lo puesto y necesita nueva ropa para cuando se acerquen los fríos del invierno, otra para la próxima primavera, otra para el siguiente verano, y así sucesivamente. Toda esa ropa tiene que hacérsela por duplicado para entregar al Tío Sam, según lo estipulado, un traje igual á cada uno de los que se haga para sí...

¡Y para este éxito proclamaron en su tierra á Juan Lanás, pío, felice, triunfador...!

¡Horror!

Este comentario pertenece también al aprendiz de humorista.

Nosotros le firmamos asimismo.

Le firma igualmente el chico de Gedeón.

Y, por último, le rubrica oportunamente nuestro querido perro...

¡Guau, guau!



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Cuando más tristes y malhumorados nos encontramos, metidos en una especie de cajón donde solemos escribir estas gansadas semanales, con la pluma detrás de la oreja, como todo buen empleado del Estado, de la provincia ó del Municipio; con los ojos en el cielo y las manos sobre el abdomen, lo mismo que D. Bernabé Dávila en su despacho de Gobernación, una persona desconocida nos arroja, sin que sepamos por dónde, un folleto que dice en la cubierta: «RISA BARATA. Composición agri-dulce y picante, por José Guerra y G. de Ulloa».

—¡Vamos—dijimos inmediatamente,—ya tenemos resuelto el problema...! Buscáramos un poco de risa, á cualquier precio, y nos la dan barata... ¡Miel sobre hojuelas!

¡Qué desencanto...! Lejos de hacernos de reír esa composición agri-dulce y picante, que se titula *Risa barata*, nos ha hecho derramar abundantes lágrimas... ¡Oh, tiempos paradójicos, antitéticos, antibiliosos y dispares! ¡Oh, edad lastimosa en que no son liberales los que con ese título disfrutaban el Poder, ni son poetas alegres los que así nos lo anuncian en la cubierta!

Porque este Sr. Guerra y G. de Ulloa, á pesar de ofrecer *Risa barata* en una de sus obras, y de decirnos en un anuncio final que tiene «un cerro de trabajos en prosa y versos... que hacen reír al mismísimo dolor de muelas», es un poeta eminentemente triste y sentimental en alto grado.

Y es—¿por qué no decirlo?—un poeta de primer orden, digno de ocupar el puesto á que tiene derecho, que bien podría ser uno de hortalizas.

Esta composición que tenemos á la vista, viene á ser algo así como un poema. Se sub-titula *Amor acendrado*, y en ella el poeta nos pinta de mano maestra sus dudas, su recelo, su inquietud, al no hallar á la mujer amada á quien busca por todas partes.

«No más duda ni quimera;
basta de mortal porfía;
voy en su busca, do quiera
que lllore la saña impía
del hado. Indigno yo fuera
dejándola en su agonía...
¿Es que se acerca á buscarme,
ó viene á martirizarme?
Al tren, al tren. Son las dos.
A ella me lleve Dios.»

El poeta, como se ve, ha tomado el tren á las dos para encontrar su ideal, sin que á estas horas—doce y media—lo haya encontrado. Sin duda ese tren tendría los muelles tan flojos como el verso final.

¡Y no será por falta de preguntar! Interroga á todo el mundo, así á las personas como á las cosas; á la estación, al mozo, al factor, á los viajeros, á los campos, á los montes, á los andenes, á los carros y á las caballerías... Nadie le da razón, y hasta, algunos, le sueltan un bufido ó le dan una mala contestación... Por lo cual, él dice lamentándose justamente:

«Indiferencia: recelo:
mofa impía, basta; os calo.
¡Todos me toman el pelo!
¿Si tendré que alzar el palo?»

Llega á la ciudad, y allí se vuelve loco por completo. Los tranvías, las iglesias, los conventos, la cárcel, el teatro... ¡Todo sufre la interrogación imprevista del vate!

Y el cartero, el estudiante, el periodista, el tabernero, la criada, la florera, el editor, el librero, el abogado, el militar, el torero, la señora, la señorita, la obrera, el cura... ¡hasta el transeunte y el mendigo se paran á escuchar la consabida pregunta!

Eso sí; todos le responden con alguna salida, propia de su respectiva profesión... El poeta, comenta siempre acongojado:

«Indiferencia; recelo:
mofa impía, basta; os calo
¡Todos me toman el pelo!
¿Si tendré que alzar el palo?»

Hay felices rasgos de observación, recogidos y expresados burla burlando, en este poema, que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores. Hay también muy sentidos contrastes entre el dolor del amante y la indiferencia del prójimo.

He aquí, por ejemplo, la acometida al transeunte, y su respuesta correspondiente:

«—Transeunte distraído;
deja tus preocupaciones
y á un duende de amor herido
que calmaría sus pasiones
hallando al bien tan querido,
envíalo á sus mansiones.
Dí, ¿do habita? ¿dónde esta
la que el suplicio me da?
—Si las señas no me dices,
es tocarme las narices.»

¿Puede haber nada más humano ni tan desconsolador al mismo tiempo?

El poeta trata de embriagarse para olvidar, como tantos otros inmortales:

«—Tabernero, uno del tinto
que adormezca mis dolores.
Pronto. Húndale el prescinto,
que muero de sed y amores,
y aún he de andar el recinto,
apurando sinsabores.
Diga: ¿vive por aquí
la pureza que elegí?
—No conozco más pureza
que mi vino y mi cerveza.»

¡Véase cómo en el mundo cada quisque mira por su negocio sin preocuparse del dolor ajeno...! ¡Triste, pero indestructible axioma...!

Y véase, en fin, cómo la vanidad es algo que flota en el espíritu del hombre de letras por sobre el mar de sus penas y de sus aflicciones. El poeta va á una librería ¡por si la mujer amada preguntó por sus obras!

«—Librero; por Dios me diga
si la mujer que yo adoro;
si mi dulce y cara amiga;
si mi preciado tesoro;
si la que á su ser me liga
y celebrada es á coro,
por mi firma ha preguntado
con pecho ansioso, agitado.
—Pregúntelo ahí por bajo,
cencerro. ¿Ese autor? ¡Badajo!

¡Qué ¡Badajo! tan bien puesto...! ¡Y cómo pinta á los librereros de mal carácter!

Sí, sí, Sr. Guerra y G. Ulloa... Tiene usted razón—á juzgar por esas respuestas.

Indiferencia; recelo.
mofa impía...

¡Todos le toman el pelo...! Pero no alce el palo para vengarse. Siga resignado su camino y escriba otros poemas á la altura del presente, por lo menos. Pero no se los dedique—como AMOR ACENDRADO—«Al Ilmo. Sr. Director gerente de la Compañía Arrendataria de Tabacos, D. Eleuterio Delgado, como homenaje de reconocimiento», porque entonces van á decir que es usted un poeta del estanco, y por consecuencia, infumable.



... y armas al hombro

Gran triunfo del Gobierno!

Todos los periódicos han bombeado estrepitosamente á Navarrorreverter, por haber arreglado el Convenio con Suiza.

Sólo unos pocos se permitieron censurarle.

Y dijo el ministro: «¡Por qué se ha de combatir el convenio sin conocerle?»

Tiene razón; pero, ¿es que le conocen los que le jalean?



No se explica la extrañeza del ilustre hacendista...

Precisamente así juzgamos, y con ese sistema nos va al pelo.

Ahora mismo hemos bombeado á Romanones por su Real orden; á Gullón, por su diplomacia, y al mismo Navarrorreverter, por su prontitud comercial...

Es decir, les hemos jaleado sin conocerles.



Estos bombos, más ó menos sinceros, le están pudriendo la sangre al invicto general.

Ni sus ministros, ni nosotros... ¡nadie se acuerda de D. Pepe!

Y él tiene que declarar de vez en cuando, y decir que si el Gobierno piensa, que si el Gobierno sabe, que patatín, que patatán...

Vamos, sí... Habla para que sepamos que existe.

Sus declaraciones periódicas tienen ese significado.

El general quiere decir entre líneas:

—¡Eh, caballeros...! ¡Qué yo soy el presidente del Consejo!



Pero ¿que tiene de particular que nos olvidemos de Pepe López, si hasta de los hombres más ilustres nos olvidamos?

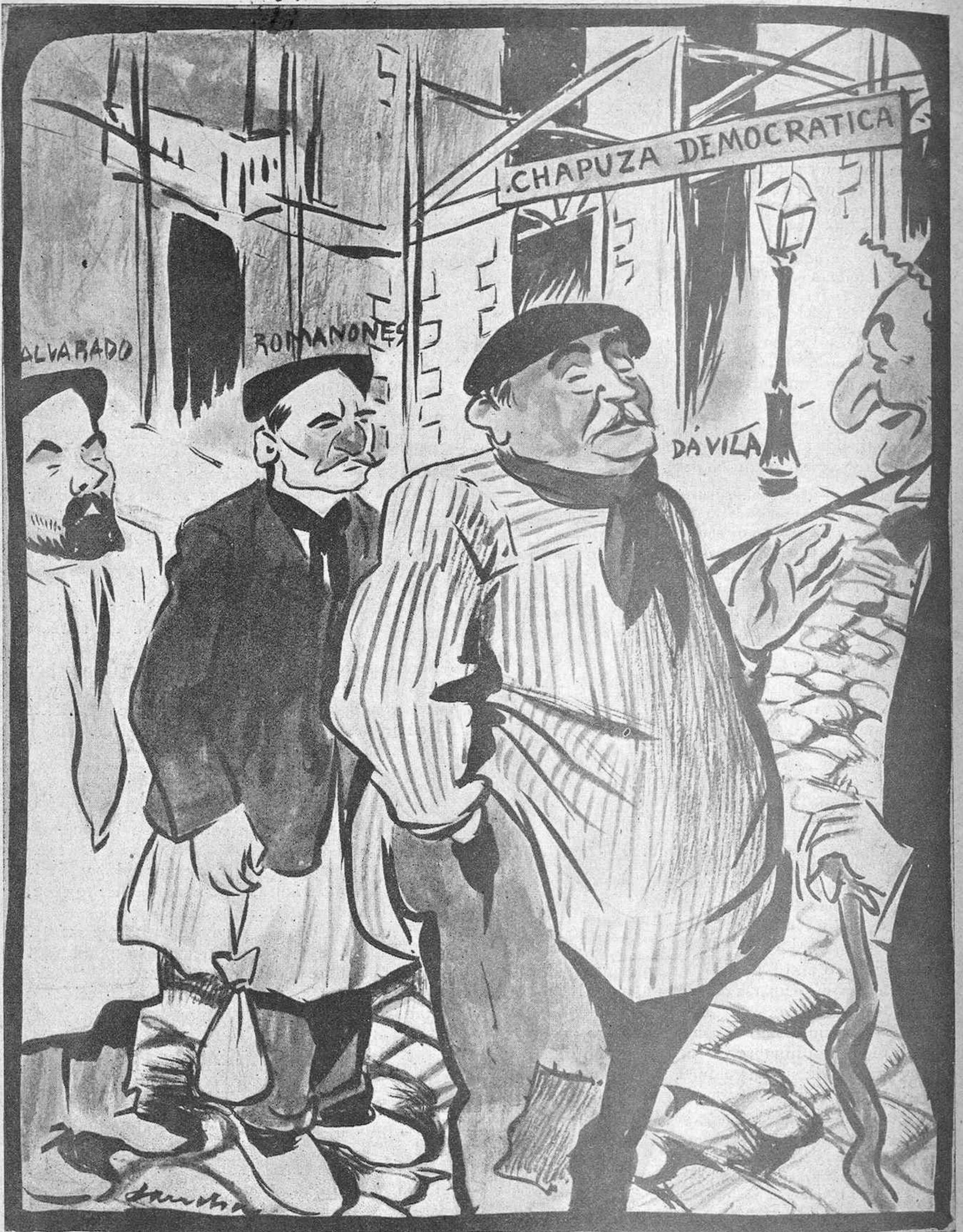
Véase, por ejemplo, cómo ha pasado entre nosotros el centenario de Hartzembusch, glorioso autor de *Los amantes de Teruel*: completamente ignorado.

Al día siguiente de la memorable fecha, los periódicos le dedicaron cuatro ó seis líneas... ¡y á casa!

Y uno de ellos terminaba el suelto con sin igual franqueza:

«Es de lamentar que la Academia Española no haya preparado algún acto conmemorativo...»

Pero ¿y ustedes, insignes «directores de la opinión»?



ADHESION NATURAL

GEDEÓN.—PERO QUÉ ES ESO, ¿DEJAN USTEDES EL TRABAJO?
UN MINISTRO.—SI, SEÑOR... ¡NOS ADHERIMOS A LA HUELGA DEL GREMIO!
GEDEÓN.—¡SI YA ESTÁ ARREGLADA!... ¡CONTINUEN USTEDES LA CHAPUZAS!